

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

John Kinsella

“Plagas. Algunos apuntes*”

*Traducción de Mario Salvatierra

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 71, enero-marzo de 2025, pp. 12-15.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Plagas. Algunos apuntes*

John Kinsella

Traducción de Mario Salvatierra

Esta mañana, al bajar a la ciudad, vimos a cinco o seis emús cruzando la vía en un área del parque nacional en la que nunca había visto antes emús; nunca, en toda una vida de conducir por esa ruta. Verlos sumergirse entre los eucaliptos del bosque de la Australia occidental, abriéndose paso entre las hakeas espinadas y los arbustos loro, fue una visión extraordinaria y alentadora.

Para mí, la visión fue una especie de desenlace al fin de semana que acababa de pasar, el cual había sido una compleja combinación de afirmación ambiental y, también, la confirmación de los crímenes horrendos que se cometen en contra del medio ambiente. Es el tipo de experiencia que hace preguntarte si hay alguna forma de activismo ambiental que tenga posibilidades de éxito y, al mismo tiempo, convencerte de que no hay otra alternativa que los actos de resistencia. Sin ellos, el medio ambiente no tiene salvación.

Hacer este tipo de posicionamientos forma parte del proceso de crear poemas que, con suerte, resonarán de diferentes maneras y en diferentes contextos y que trasladarán un debate particularmente local a la conversación más amplia dentro de la cual está inserto. La exigencia de la poesía de dar un testimo-

nio, el deseo de superar el sentimiento de fracaso aplastante y la necesidad de hacer un cuento que no sea mera propaganda van de la mano de los arrebatos y la (quizá excesiva) respuesta emocional que esta clase de situaciones despierta.

Al mismo tiempo en que el poema nace en mi mente, siento la indignación que me provoca cualquier acto de destrucción; no se trata de una “respuesta” estética fetichizada, sino de un intento por formular un lenguaje de contraataque que no sea violento y, por lo tanto, que no se invalide a sí mismo, ni sea hipócrita. Me estoy expresando con torpeza. Para empezar con un posible comienzo...

Viernes por la noche, cerca de las 9:00 p. m. Tracy me preguntó si había escuchado un disparo de rifle. No lo había escuchado, pero sí escuché la detonación que siguió justo después de que hablara. Unos minutos más tarde: otro disparo mucho más cerca. Salí y me interné en la oscuridad, vislumbrando linternas entre los arbustos del camino. Otro disparo. Quizá, a unos doscientos metros de mí. Era el sonido de un rifle de alto calibre.

Grité con todas mis fuerzas que se detuvieran, las linternas giraron en dirección mía y hubo

otra detonación. Dentro de casa, Tracy creyó que me habían disparado; yo también lo creí, por un momento. Finalmente, aunque vivíamos a las afueras del pueblo, la policía llegó a poner orden. Su presencia nunca es deseable, pero debo admitir que si no hubiera intervenido, quizá alguien de mi familia no estaría vivo.

Resulta (lo supimos al día siguiente) que se estaba llevando a cabo una cacería de zorros en la zona. Me parece sorprendente que un terreno privado, que nuestros vecinos defienden con tanta pasión, pase a convertirse en un terreno público y sin límites cuando se trata de perseguir zorros —¡la gran liminalidad del capitalista-cazador!—, y lo mismo las tierras protegidas, donde la cacería es ilegal. Esto ha sido la primera parte de la comarca-como-matadero.

Segunda parte. Sábado por la mañana, cerca de las 8:30 a. m. Una cadena de explosiones a lo lejos. Se escucha como petardos o fuegos artificiales. No es probable; no hay ningún evento y no estamos en esa época del año... la región entera se haría ceniza bajo las llamas, pues todo está seco y hecho yesca, por lo que está terminantemente prohibido hacer fuego.

El ruido disminuye y puede distinguirse el estallido de disparos individuales. Tiros de escopeta. Me doy cuenta de que provienen del pueblo, quizá, cerca del río. Cacatúas. Están cazando cacatúas. En casa, alguien dice que sí, la gente ha estado matándolas desde hace semanas porque las cacatúas se comen el pasto del campo de cróquet y son muy ruidosas. Las quejas de siempre. Conduzco hasta el centro del pueblo y en el camino veo cacatúas sobre

los árboles muertos (muertos por la salinidad, no por las cacatúas, como algunos dicen) que están en la margen del río. Cruzo el puente y me estaciono junto a la iglesia. Veo unos vehículos de carga estacionados afuera. Salgo del coche y doy un rodeo a la vieja iglesia de la Santísima Trinidad, donde, cuando era niño, iba a misa y me debatía entre el escepticismo y la salvación de mi alma y donde finalmente le di forma a mi anarquismo espiritual. Me encuentro a un hombre que lleva una escopeta y a un muchacho que habla por un radiotransmisor. Varios hombres andan al acecho, buscan entre los árboles, escudriñan el cielo y disparan.

Las escopetas que usan no son modelos baratos. Para estos cazadores, son verdaderas obras de arte. Cazadores deportivos. Le grito a uno de ellos, llamándolo asesino. ¿Es que no pueden ni siquiera respetar la casa de Dios? Les pregunto si tienen licencia de cacería, lo cual, en mi opinión, no mejoraría la situación, pero al menos sabría lo que la administración de la comarca está tramando. No tienen licencia. Hable con el guardabosques, me responden.

Eso mismo hago, pues la guardabosques está aquí mismo. Le grito: *Esta no es la manera, esta no es la manera. Lo están haciendo mal.* Pierdo la calma. Me dice que vaya a la administración de la comarca. Me dirijo hacia allá y hablo sin contener mi rabia con un funcionario. Me parece inaceptable que tengan cazadores sueltos por el pueblo un sábado por la mañana cuando hay familias que salen a pasear con sus perros. Quizá a usted no le importen las cacatúas, pero ¿y las malditas personas? Pronto

mis reclamos se desvían a lo que pienso sobre la administración y su fracaso para proteger el medio ambiente, en esta y en otras ocasiones. Al terminar, salgo hecho una furia. Ha sido todo muy desbordado. Tal vez no sirvió de mucho, pero, coincidencia o no, no escuché más disparos por el resto del día.

Aunque en apariencia estos dos incidentes no están relacionados, expresan muchas de las nociones que se tienen sobre el “campo”. Aunque vivo en la región del Wheatbelt y me une a ella toda una vida, no soy “del campo”, pero tampoco soy “de la ciudad”. Estos son términos que se usan con la intención de controlar el discurso sobre el lugar, el desplazamiento y en especial sobre la producción de comida (y minera).

Vivo aquí para poder proteger la “naturaleza” que queda. Escribo poemas de resistencia y de defensa. Concluyo el cuadro de este fin de semana: pasé el tiempo en Jam Tree Gully, un villorrio rocoso situado en una ladera junto a una reserva natural que tiene hectáreas de eucaliptos de York y acacias. Me he hecho el propósito de rehabilitar, en los años que vienen, la tierra arrasada por el sobrepastoreo de caballos y ovejas. No hay aquí servicios públicos ni de agua potable. En el transcurso de los días, observé y fotografié picaflores del muérdago, acanthizas, abanico lavanderas, veintiocho loros, urracas, halconcitos, dos águilas, una serpiente de Mulga, mieleros barbiblancos, pardalotes, una araña tejedora, hormigas gigantes y una familia de canguros. Observé sus movimientos. Observé cómo las aves locales siguen a las aves nómadas que cruzan por la región,

pero se detienen en los límites y vuelan de regreso a su territorio; observé cómo ciertos elementos que producen un efecto de borde, por ejemplo, los caminos y las cercas con cortafuegos, funcionan como una delimitación impuesta o se les adapta en zonas de vuelo y cruce más grandes que abarcan cornisas rocosas, zanjas y vegetación. Por medio de la observación, entiendo cómo escribir mejor un poema de resistencia que exprese la urgencia de preservar esta región. ¿Podría funcionar sin que yo tenga que gritar mis poemas a los cazadores y a los funcionarios públicos de las comarcas? Cualquiera que sea la respuesta, me queda claro que todas las acciones de resistencia son importantes y que responder sin hacer uso de la violencia, pero con firmeza, es lo que pone un freno al ataque en contra del medio ambiente. Un ataque realmente despiadado.

Para mí, la poesía no tiene razón de ser si no es para incitar o apoyar el cambio ético o político. Esto no quiere decir que el poema tiene que ser un manual de ética o política, sino más bien que debe promover el diálogo entre el poema mismo y el lector/escucha, entre sí mismo y otros poemas y textos, así como entre todas estas cosas y un público más vasto (cualquiera que este sea). Me veo a mí mismo como un poeta activista. Siempre que escribo un poema estoy haciendo un acto de resistencia al Estado, a las miles de jerarquías de control y a la necesidad humana de conquistar su entorno natural.

Al emplear las herramientas lingüísticas que he heredado (y, en



Beatriz Sánchez Zurita: *Semillas flotando núm. 3*

ocasiones, neologismos, que he inventado para alterar o incluso dismantlar) soy, inevitablemente, parte de lo que critico. Soy un cómplice. He tratado de reducir las ironías de mi propia vida (soy vegano, he renunciado a volar en avión, me resisto a la tala, entre otras cosas), pero sigo participando en el discurso social y en el “ganarme la vida”; todo eso me coloca en el mismo lugar que el resto de los demás. El mero hecho de usar una computadora contradice el impulso de destecnologizar en el que se basa lo que hago. Aún más, soy consciente de que lo que yo concibo como problemas éticos fundamentales, no lo son para muchos lectores de poesía.

Provengo del campo de la ciencia y desde muy joven trabajé en laboratorios y me obsesioné con la nomenclatura científica. Mi adscripción al “neoludismo” no significa que me oponga a la adquisición de conocimiento,

sino al mal uso que se hace de él. Tras mucho de lo que llamamos “ciencia” se esconde el deseo por controlar y obtener ganancias. A esto es a lo que me opongo. El lenguaje de la poesía, incluso en sus formas más líricas, implica un uso específico. En poesía, el orden y la elección de las palabras y la forma en que se las presenta son tan importantes como lo que se dice. Este proceso de conocimiento que se interesa por la expresión es, a mi juicio, científico.

La ciencia es un proceso de investigación, observación y descripción de patrones hasta llegar a una hipótesis que se funda sobre la base de la adquisición verificable y sistemática del conocimiento. Para mí, eso también es el poema. Por eso la poética activista no tendría por qué ser propaganda subjetiva. Lo subjetivo tiene un papel en esto, ciertamente, y alguien podría decir que sin subjetividad un texto no puede ser un poema. Sin embargo, si el poema no se sirve del

conocimiento y los *procesos* de adquisición de conocimiento, entonces surtirá menos efecto a la hora de oponer resistencia al daño que se inflige contra las personas, los animales, las plantas o la tierra misma. Me interesan las digresiones extensas, los grados de separación, incluso los trucos y los juegos verbales; en otras palabras, me interesan los caminos tortuosos para discutir o ir en busca de una “verdad”.

Ningún poema *sabe* una verdad, pero tiene conocimiento y ofrece maneras de aproximarse a la verdad. El uso del lenguaje es preciso, incluso cuando se usa para hacer un retrato del inconsciente, incluso cuando se trata de escritura automática. Para los surrealistas, los ejercicios de escritura automática eran experimentos en un sentido textual y, también, científico; su importancia radicaba tanto en la recolección de datos como en la inmersión del sujeto en el subconsciente. Eran ejercicios cuasi-científicos.

Tanto lo *pseudo* como lo *cuasi* me interesa. Los juegos de desarmar y rearmar, del cadáver exquisito y del orden azaroso, todos ellos, son parte de la ciencia del poema. Son diferentes sistemas de conocimiento. Por eso, la poética activista puede incluir las innovaciones lingüísticas radicales, así como la declaración directa (“La tala del bosque Tuart es un crimen”). La parataxis, el verso de cesura convencional, el encabalgamiento, la descripción narrativa, la metáfora y la metonimia son parte del mismo proceso que busca confrontar las jerarquías y las estructuras impuestas. Trabajamos desde el interior para hacer una abertura al exterior, pero sin que este esfuerzo implique destruir algo en el proceso.

Un pacifista, como yo, puede ser el opositor más tenaz, así como el pacifismo puede ser la forma de resistencia más desafiante. Lo mismo sucede con el uso del lenguaje. Mezclo lo viejo y lo nuevo con la intención de abrir la discusión sobre la protección, la preservación y la conservación ambiental y el respeto por el mundo “natural”. Soy consciente de los serios problemas que estas palabras expresan, en términos de complicidad, debido a que, más que un redactor de discursos, soy un poeta. Por eso mismo, pienso que los poemas pueden detener a las máquinas excavadoras. No *solo* porque digan “detente, excavadora”, sino también porque las complejidades del lenguaje cuestionan, distraen y entorpecen el trabajo de la excavadora. Estoy usando una semántica de la oposición, no de la analogía. Mis palabras tienen el propósito de detener el daño; de ver lo que no debería verse, sacarlo a la luz y cuestionarlo.

Aún no he escrito los poemas sobre estos actos de resistencia, aunque los tengo en la cabeza, pues nacen en la medida en que interactúo y respondo física y emocionalmente con el mundo que me rodea; asimismo, estos poemas también surgen entre las líneas de mi cuaderno, adhiriéndose a ideas más amplias y contrastando con sistemas de pensamiento heredados. Con frecuencia, el momento del acto de resistencia que se convierte en poema no coincide temporalmente con el incidente o momento que lo inspiró. Se convierte en un momento en el que lo figurativo se funde con la respuesta política, formando lo que podríamos llamar lo “parafigurativo”. No es didáctico, pero sí está fundado sobre una idea o un ideal ético-político genuino. Lo que sucedió anoche, por ejemplo.

De nuevo, cerca de las 9:00 p. m. Afuera, se escuchó un ruido raro y confuso. Salí a investigar. A todos en casa nos pareció que se trataba de un grupo de pájaros heridos llorando. Pensé en las cacatúas. Tal vez, algunas habían sobrevivido y estaban en la zona quesjándose lastimeramente. Linterna en mano, subí corriendo la colina; entonces, el ruido aumentó y escuché un ajeteo y el sonido de pisadas.

Poco después, el sonido se escuchó desde otro potrero. Caminé hacia allá y el ruido se convirtió en una mezcla de gruñidos, chillidos y aullidos. Apunté la linterna en la dirección del sonido y dos pares de ojos reflejaron la luz. Un par encima del otro.

Eran unos zorros apareándose. Unos zorros que se habían salvado de la cacería. Apagué la

luz y los dejé en paz. Si hay un ruido en el que se entremezclan el placer y el dolor, ese es el de los zorros apareándose...

La analogía poética es obvia e irresistible. Y justo ahí es donde el poeta activista tiene que ser cuidadoso. Lo que puedo tomar de este momento es más o menos lo mismo que puedo tomar de los eventos que lo precedieron durante el fin de semana. Tanto a los zorros como las cacatúas se los considera una plaga. El número de cacatúas aumenta debido a la tala y el monocultivo. Los zorros fueron introducidos en el siglo XIX para la cacería deportiva. Por lo tanto, se promueve su asesinato como un pasatiempo y como una medida ambiental. No obstante, la diversión recae solo en el lado de los cazadores y en aquellos que los incitan. En esta fórmula se expresa toda la dimensión política de lo que escribo. Quiero creer que al usar la poesía como medio para oponer resistencia a la industria del placer y el control que sostiene la caza y la explotación ambiental, también estoy escribiendo por la supervivencia y la libertad de los animales (¡incluidos los humanos!). **LPyH**

* John Kinsella. “Vermin: A Notebook”, *Poetry*, revista de Poetry Foundation (diciembre de 2009), 219-224.

John Kinsella es un escritor, profesor y editor australiano. Su obra tiene una fuerte influencia del paisaje. En *Alternative Biography* se autodescribe como un defensor de los derechos indígenas mundiales. Es el editor fundador de la revista *Salt* en Australia.

Mario Salvatierra (Mérida, 1988) es académico, escritor y traductor literario.